

Hannah Arendt: el totalitarismo y sus horrores (primera parte)

INTRODUCCIÓN

El estudio del totalitarismo como fenómeno histórico y social empezó con el surgimiento del fascismo en Italia y, un poco más tarde, los regímenes estalinista y hitleriano fueron su objeto.

Si la meta de cualquier movimiento totalitario es la transformación de la realidad social, hay dos maneras de alcanzarla: la conversión del ser humano en ceniza de *Lager* o creando “un nuevo tipo de hombre” por medio de la transformación de las relaciones sociales “zoológicas” en “verdaderamente humanas” o por la selección artificial de “razas superiores”. Es por esto que los regímenes totalitarios realizan un abuso monstruoso del poder, pero también generan la esperanza de que pueden cumplir las condiciones necesarias para la transformación moral, estética y física del hombre, la cual les sirve para justificar y legitimar las represalias contra los grupos que, según los ideólogos del totalitarismo, obstaculizan la realización de un futuro radiante.

Como escribe la investigadora italiana Simona Forti:

los regímenes totalitarios no se limitaron a ejercer su poder sobre la vida suprimiéndola. No fue un enorme e inaudito abuso de poder lo que pisoteó los derechos de los individuos. El poder político logró transformarse en un dominio total y sutil a la vez, presentándose en primer lugar como

garante de la *seguridad*, de la *salud*, y de la *prosperidad* de todo un pueblo, y para que éste pudiera encarnarse en el ideal de Hiperhumanidad, era necesario eliminar una “parte viva” perjudicial y destructiva¹ (Forti, 2008: 16).

Los regímenes totalitarios quieren conquistar y controlar la maquinaria del Estado, tanto como la transformación radical de la sociedad y de toda la humanidad, por medio de un movimiento que debe ser constante, lo que implica dominar de manera permanente todas las esferas de la vida de cada individuo. Como señala Hannah Arendt:

la conquista del poder por los medios de la violencia nunca es un fin en sí mismo, sino solo el medio para un fin, y la conquista del poder en un país determinado es solo una grata fase transitoria, pero nunca la conclusión del movimiento. El objetivo práctico del movimiento consiste en organizar a tantos pueblos como le sea posible dentro de su marco y ponerlos y mantenerlos en marcha; un objetivo político que constituyera el final del movimiento simplemente no existe (Arendt, 2007: 408).

El término ‘totalitarismo’ fue inventado por sus adeptos y aceptado por los adversarios democráticos de éstos, quienes invirtieron muchos esfuerzos para exhibir su esencia anti-humanista, por ello se convirtió en el objeto de una encarnizada confrontación ideológica. El

1 El carácter omniabarcador del potencial totalitario también es señalado por Jean-François Lyotard. En su opinión, la amenaza del totalitarismo se esconde en cualquier proyecto político o espiritual globalizador en que el sujeto abstracto desplaza a los individuos concretos y se intenta neutralizar o hacer no esenciales o inexistentes cualesquier diferencias individuales o, en el mejor de los casos, reducirlas a diferencias de clases. El totalitarismo es una pretensión de unidad universal realizada a cuenta del aniquilamiento de la singularidad. De ahí que oponerse al totalitarismo significa también salvaguardar el hecho o acontecimiento en la singularidad (Lyotard, 1997).

concepto, deducido de la confrontación entre nazismo y comunismo –regímenes diferentes en muchos aspectos e incluso contrarios por su esencia–, indujo a equívocos a no pocas cabezas tanto en el Occidente capitalista como en los países socialistas, porque de agrado o por fuerza coadyuvaba a diluir las fronteras conceptuales entre ‘revolucionario’ y ‘conservador’, ‘derechista’ e ‘izquierdista’. Todo esto ha dado la razón a filósofos y sociólogos para afirmar que no existe en el lexicón contemporáneo otro concepto tan controvertido, y a pesar de todas las controversias semánticas vinculadas con el uso concreto del término, es un instrumento explicativo muy importante, que permite entender acontecimientos trágicos y lamentables del siglo XX.

El derrumbe del socialismo de la URSS y los países de Europa Oriental disminuyó la tensión emocional provocada por el término y permitió a filósofos, politólogos y sociólogos iniciar tranquilamente el trabajo de inventariar los espectros de su significado en diversos contextos históricos. Sin embargo, la discusión sobre sus límites históricos y funciones heurísticas continúa hasta hoy, cuando son pocos los que dudan de la legitimidad de aplicar el adjetivo ‘totalitario’ al régimen estalinista, aunque subsisten interrogantes fundados con respecto a la aplicación del término a la dictadura revolucionaria de Lenin nacida en el crisol de la Revolución de Octubre, quien luego de la rebelión de Kronstadt, en 1921, sutituyó el comunismo de guerra por la nueva política de económica (NEP, por sus siglas en ruso) indudablemente ajena a la visión igualitaria de cuartel de Stalin, quien empezó a construir la base de su régimen totalitario desmontando precisamente los principios básicos de la NEP de Lenin, para reinstaurar el autoritarismo económico.

Uno de los trabajos fundamentales dedicados al análisis del totalitarismo es el de Hannah Arendt (2007), pues con él inició el análisis hermenéutico del fenómeno y terminó por abarcar los sesenta años que han pasado desde la primera edición de la obra. La autora norteamericana de raíz alemana empezó su investigación (marcada, según sus propias palabras, por un espíritu de optimismo indomable acompañado de una desesperación inconsolable) en el otoño de 1945 y la terminó al final de 1949. La primera edición en inglés de *Los orígenes del totalitarismo*

apareció en Nueva York en 1951. La segunda, considerablemente reelaborada y ampliada con un último capítulo dedicado a la ideología y el terror, fue publicada en 1958, y la tercera, con un nuevo prólogo que sintetiza tres partes principales de esta obra fundamental, apareció en 1966, todavía en vida de Arendt.

Otro trabajo significativo de esta autora, *Eichmann en Jerusalén*, vio la luz en 1963. Este texto, continuación de *Los orígenes...*, está dedicado a la historia del Holocausto con referencia especial al análisis de la conciencia de un “funcionario modesto” que fue, a la vez, un verdugo siniestro del pueblo judío. Hoy conocemos otros hechos históricos cuyo conocimiento no fue accesible para Arendt; sin embargo, la agudeza y profundidad con que planteó los problemas que estudió, muy pocos investigadores posteriores a ella han logrado alcanzarlas. Como observa Richard J. Bernstein, el trabajo de Arendt “sigue conservando todo su valor porque nos obliga a pensar por nosotros mismos –la única manera en que surge el pensamiento independiente.” (Bernstein, 2008: 63) Vale la pena agregar que es un antídoto contra la tentativa de justificar el ‘síndrome totalitario’.

METAFÍSICA DE LOS REGÍMENES TOTALITARIOS

Los problemas que plantea Hannah Arendt en su trabajo dedicado a las raíces del totalitarismo tienen que ver con la búsqueda de aquel sentido, el cual, según su opinión, no puede ser deducido a través de simples reconstrucciones de los hechos históricos. ¿Qué sucedió con Europa en el siglo XX? ¿Por qué y cómo llegó a ser posible este fenómeno siniestro, denominado totalitarismo, que por su crueldad supera cualquier fantasía de horror que pudiera aparecer en las pesadillas más improbables? ¿Con qué categorías se puede interpretar y explicar teóricamente su naturaleza? Al dar respuesta a estas y otras preguntas, Arendt aspira, por una parte, a evitar el enfoque abstracto (hasta donde esto es posible) y, por la otra, a no ceder a la tentación de disolver la integridad del fenómeno investigado en una enorme masa de hechos aparentemente heterogéneos, los cuales amenazaban con eclipsar su

significación específica y tergiversar su sentido auténtico.

Al apoyarse en los testimonios de las víctimas del totalitarismo² y en las investigaciones teóricas realizadas durante la preguerra y la posguerra, Arendt afirma que sólo los testimonios documentales sobre los regímenes de Stalin y Hitler pueden servir como base histórica concreta para el estudio del totalitarismo como paradigma o tipo ideal, en el sentido en que Max Weber usaba este concepto.³ Arendt invita a concentrarse en las semejanzas estructurales de ambos regímenes, que, en su opinión, son más importantes que sus diferencias específicas. Además, considera que es imposible explicar la esencia del nacionalsocialismo y del estalinismo apoyándose en las categorías tradicionales de la política, el derecho y la ética, porque la naturaleza de esos regímenes no puede ser interpretada sólo como una manifestación simple del poder, la ilegalidad, la inmoralidad o el nihilismo de sus gobernantes, y por eso son indispensables las ideas innovadoras.

Arendt desarrolla creativamente un enfoque teórico (iniciado al comienzo de los años cuarenta por Ernst Frenkel y Frantz Neumann, juristas alemanes en el exilio) según el cual el totalitarismo representa una ruptura completa entre las formas legales e ilegales de gobierno y entre el poder legítimo y el ilegítimo, lo que

2 En cuanto a la base fáctica del totalitarismo estaliniano, Arendt se quejaba de la escasez, subjetivismo y fragmentariedad de las fuentes accesibles, que en su mayoría fueron los testimonios de los ciudadanos soviéticos que lograron escapar y trasladarse a Occidente. La autora extrajo mucha información del informe de Nikita S. Jruschev en el XX Congreso del Partido Comunista, el cual utilizó ampliamente en la segunda edición de su libro, a pesar de todas sus reservas críticas.

3 Alexandr Etkind tiene razón al afirmar que “si se ignora la diferencia entre el tipo ideal y la descripción empírica, no soportaría la crítica ninguna teoría política desde Hobbes hasta Habermas. En el mundo no existen cuerpos absolutamente negros, pero la idea del color negro es útil. Las utopías no son realizables ni las antiutopías son objetivas. Sin embargo, esto no anula el significado de las primeras ni de las segundas” (Etkind, 2000: 169. Trad. de M. Malishev).



no le impide obtener el material para construir su propia ideología, sus métodos de gobierno y sus instituciones de los relictos de las ideas, instituciones y formas del poder que heredó. En otras palabras, al dar cuenta de que el totalitarismo no ‘cae del cielo’, sino que surge en la vida social de los países con un pasado no totalitario, Arendt no acepta, sin embargo, el modelo causal simplista e insiste en que la sucesión de los regímenes totalitarios con la historia anterior fue rota, pues sólo en los límites de las formas totalitarias maduras se da la cristalización definitiva de los fenómenos cuyo significado todavía no se había revelado por completo en el periodo anterior, pues existían como fragmentos aislados o tendencias ocultas.

Aunque Arendt no cita la frase de Marx según la cual “la anatomía del hombre es la llave para la anatomía del mono”, parte de la primacía del enfoque lógico sobre el histórico, ya que sólo el totalitarismo como un organismo maduro puede servir de guía para la búsqueda de sus propios elementos en la profundidad de los acontecimientos del pasado. Por eso entiende los orígenes como *elementos históricos* que, al transformarse en las formaciones posteriores, engendran el totalitarismo como una estructura determinada social e históricamente. En otras palabras, desde el punto de vista de Arendt los orígenes del totalitarismo no pueden ser vistos como principios inexorables y ni siquiera como retoños que tendrían que convertirse en un

organismo maduro. Esto significa que el totalitarismo no era inevitable, pues en la medida que la investigadora se aleja de la época que precedió a su establecimiento, se ve más claramente que la llegada del *socialismo de cuartel* de Stalin o el *Tercer Reich* de Hitler se hubieran podido prevenir. Y esto significa que quienes luchaban contra esos regímenes no fueron visionarios ni aventureros: sus convicciones, acciones y sacrificios se correspondieron con las posibilidades reales del contexto de su época.

En una conferencia impartida en 1954, Arendt señaló que los elementos por sí mismos nunca son causas; se convierten en orígenes de los acontecimientos cuando se cristalizan en formas fijas determinadas; sólo así se puede rastrear retrospectivamente su historia hasta las raíces. El acontecimiento derrama luz sobre su propio pasado, pero el acontecimiento mismo nunca puede deducirse lógicamente de su pasado. De aquí se desprende que del conocimiento del pasado, por preciso y fidedigno que sea, es imposible deducir lógicamente el futuro. Por ejemplo, la derrota militar del nazismo destruyó el sistema de elementos que estaban cohesionados: algunos de ellos continuaron (y continúan) su existencia en forma de manifestaciones aisladas del neofascismo, lo cual no significa que en el futuro los pedazos del viejo sistema no puedan ser integrados en una nueva configuración social. Desde el punto de vista de Arendt, el verdadero significado de todo acontecimiento siempre supera las causas a las que se le puede sujetar; además, la interpretación unívoca de los acontecimientos lleva al fatalismo y sólo sirve como instrumento para ocultar las posibilidades reales que permiten prevenir la llegada de los acontecimientos presumiblemente inevitables.

Los orígenes del totalitarismo está dividido en tres grandes secciones: “Antisemitismo”, “Imperialismo” y “Totalitarismo”, en las cuales se investiga el surgimiento de las formas del dominio omniabarcador del Estado sobre sus ciudadanos. Pero sólo después de la Primera Guerra Mundial el totalitarismo empezó a cristalizar los otros dos elementos revelados en la época anterior: el antisemitismo contemporáneo, surgido como resultado de la emancipación política de los judíos, y el imperialismo

contemporáneo, desarrollado sobre la base de la expansión colonial europea que alcanzó su punto culminante en el último tercio del siglo XIX.

En virtud de la extensión de este artículo, no es posible analizar el contenido de las secciones dedicadas al antisemitismo y el imperialismo, pero hay que destacar que, desde el punto de vista de Arendt, uno y otro no determinan por sí mismos los orígenes del nazismo: únicamente en el cauce de la ideología racista del régimen fascista el antisemitismo se traduce en el exterminio en masa de los judíos, y el imperialismo se transforma en Alemania en una revancha por la derrota sufrida durante la Primera Guerra Mundial, que conducirá a la matanza más sangrienta de la historia.

Así que los medios del dominio inherentes al totalitarismo se distinguen radicalmente de todas las otras formas del poder político propias del despotismo, la tiranía y la dictadura. El totalitarismo que llega al poder crea nuevas formas de instituciones políticas y, a la vez, destruye tradiciones. A pesar de su carácter específicamente nacional y de sus diferentes fuentes ideológicas, el dominio totalitario transforma las clases en masas, convierte el pluralismo del sistema político en hegemonía de un solo partido que encabeza el movimiento de las amplias masas populares, modifica la realización de los poderes legales en la arbitrariedad y el terror impuestos por la policía secreta y los servicios de inteligencia, mientras que en la esfera de la política exterior se orienta al dominio mundial.

Según Arendt, el totalitarismo se caracteriza por una ruptura radical con los fenómenos sociales anteriores, no tiene precedentes y se distingue de las leyes positivas vigentes por el inmoralismo y el nihilismo. Por paradójico que pueda parecer, la culminación de las represalias estalinistas llegó con el voluntarismo en la aplicación de las leyes durante el periodo de la elaboración y la adopción unánime de la Constitución soviética de 1936, que abiertamente prohibió actos de tal género. El mismo cinismo caracterizó la actitud de los nazis ante la Constitución de Weimar que, por extraño que parezca, no condescendieron en cambiarla ni anularla. Pero esa negligencia cínica hacia las normas jurídicas positivas no significó que el movimiento totalitario haya sido la expresión de la arbitrariedad absoluta ni que realizara sus acciones fuera de

los límites normativos y sin el apoyo de ideales o valores.

El totalitarismo vio definida su misión absoluta e incluso sagrada, en el caso alemán, en las leyes de la Naturaleza, y en el caso soviético, en las leyes de la Historia; unas y otras, en opinión de sus respectivos ideólogos, debían sustituir a las normas morales positivas, la legislación y los hábitos y costumbres. En palabras de tal visión, tanto las leyes como el código moral de los regímenes pretotalitarios “encubrían”, “tergiversaban” e “ignoraban” la fuente suprema de la justificación de las acciones humanas. Por eso el “reto revolucionario” frente al legalismo “falso” e “hipócrito”, burgués o antirracista, constituyó el medio para establecer la justicia suprema que los regímenes anteriores, basados en la legitimidad de las leyes positivas de la Constitución, fueron impotentes de alcanzar.

Al desafiar la legitimidad anterior y pretender el establecimiento del reino de la justicia en la tierra, los regímenes totalitarios trataban de realizar las leyes de la Historia y las leyes de la Naturaleza sin traducirlas en normas jurídicas o morales de justicia elemental que regularan la conducta individual de los ciudadanos. Al apelar a las “leyes de Humanidad”, los regímenes totalitarios no se preocuparon de las garantías que aseguraran los derechos elementales de los ciudadanos concretos, pues partieron de la premisa, metafísica en su esencia, de que las leyes de la Naturaleza y las leyes de la Historia (no verificables), respectivamente, “producirán” inevitablemente, si se ejecutan de modo adecuado, una Humanidad ideal. Este fundamento metafísico-utópico alentó a los gobiernos totalitarios a la realización de sus experimentos globales por la vía de la expansión ilimitada y su meta final era el dominio total del planeta. De esta manera, la política totalitaria intentó transformar a la Humanidad en un ejecutor obediente y celoso de la Ley; de no ser así, afirmaban sus

ideólogos, la gente obedecería pasivamente y con desgano, lo cual conduciría al estancamiento, el desarrollo lento y a un movimiento en zigzag hacia el futuro.

El vínculo entre los países totalitarios y el mundo civilizado –dice Arendt– fue destruido por los monstruosos crímenes, pero esa criminalidad no resultó de la simple agresión, la crueldad o la guerra, sino de una ruptura consciente del *consensus iuris*, el cual, según Cicerón, constituye a un “pueblo” y, como la ley internacional, formó el mundo civilizado en los tiempos modernos.

Tanto el juicio moral como el castigo legal presuponen este asentimiento básico; el criminal puede ser juzgado justamente solo porque participa en el *consensus iuris*, e incluso la ley revelada por Dios puede funcionar en los hombres solo cuando la escuchan y la aceptan (Arendt, 2007: 562).

Según Hannah Arendt, en los regímenes totalitarios el término ‘ley’ cambia su sentido: ya no regula relaciones que se dan en la realidad, sino, más bien, se dirige a la realización de *lo que todavía no existe y lo que debe surgir* como resultado de las movilizaciones de las masas populares que construyen su “futuro radiante” no de manera espontánea y caótica, sino conscientemente, según el plan, apoyándose en las leyes férreas de la Naturaleza o de la Historia, guiadas por el partido y sus jefes, y “estimuladas” por la amenaza del terror. “Si la legalidad es la esencia del Gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación totalitaria” (Arendt, 2007: 564).

El terror y la amenaza de su aplicación son el instrumento principal para el cumplimiento de las leyes del movimiento totalitario, cuya meta es ayudar a las fuerzas de la Naturaleza o de la Historia a encarnarse sin contratiempos y con mayor eficacia en la Humanidad. Y si en el camino surgieran barreras, no habría

que buscar pretextos, sino hacer una “limpieza” rápida y efectiva para quitar esas obstrucciones y lograr el triunfo de las leyes por las que luchan con férrea voluntad la “clase hegemónica” y la “raza superior”.

La interpretación del movimiento totalitario como una marcha irresistible de la Historia convierte los conceptos de culpa e inocencia en ficciones: el culpable es el que se atrevió a levantarse contra la marcha implacable de la Naturaleza o de la Historia, que ya emitieron sus sentencias sobre las “razas inferiores”, los “individuos no adaptados a la vida”, las “clases moribundas” y los “pueblos destinados al exterminio”.

El terror ejecuta estos juicios, y ante su tribunal todos los implicados son subjetivamente inocentes; los asesinados, porque ellos nada hicieron contra el sistema, y los asesinos, porque realmente no asesinan, sino ejecutan una sentencia de muerte pronunciada por algún tribunal superior. Los mismos dominadores no afirman ser justos o sabios, sino solo que ejecutan un movimiento conforme a su ley inherente. El terror es legalidad si la ley es la ley del movimiento de alguna fuerza supranatural, la Naturaleza o la Historia (Arendt, 2007: 564).

Según tal lógica, entre el inspirador ideológico del exterminio de las “razas inferiores” o las “clases moribundas” y sus ejecutores físicos existe una división peculiar del “trabajo”, demasiado cómoda para suavizar el remordimiento de sus conciencias. El inspirador ideológico suele “ablandar” su culpa por el hecho de que no es ejecutor, y el verdugo “justifica” sus “actos” por el hecho de que no es el inspirador que emite las órdenes. El primero considera que sus manos están “limpias” y el segundo se persuade de que su conciencia está “tranquila”. Cada cual trata de asegurarse: quitar la responsabilidad de sí y adjudicarla a otro, atenuando de esta manera su culpa por los crímenes cometidos. El comportamiento de los jefes de los nazis en el tribunal de Núremberg exhibió este mecanismo cobarde para evitar o por lo menos disminuir su responsabilidad por los crímenes del régimen fascista.

Como ejecución de la ley del movimiento totalitario (cuya meta suprema no es el bienestar de la gente concreta ni el interés de un hombre individual, sino la perfección de toda la Humanidad), el terror realiza la

selección de los individuos insanos y los extermina para que triunfe la especie como totalidad, e incluso sacrifica a algunos de sus representantes en aras de la pureza y de la salud del organismo social como un todo. Las fuerzas poderosas de la Naturaleza y de la Historia tienen sus propios objetivos; por consiguiente, el nacimiento de cada ser humano puede significar un contratiempo potencial en el camino de la realización de dichas fuerzas superiores y enigmáticas. Por eso, el terror, como sirviente de los procesos históricos o naturales, debe eliminar de ese proceso no sólo la libertad en cualquiera de sus manifestaciones, sino también su fuente misma, que radica en el hecho del nacimiento del hombre y en su capacidad de realizar algo nuevo. Los brazos férreos del terror, que destruye el pluralismo de los individuos y los convierte en un sujeto total, fueron el mecanismo único para la liberación de los obstáculos que “impedían” la actuación de las fuerzas de la Historia y la Naturaleza. Según la lógica totalitaria, el terror cumple la función de “catalizador” principal del perfeccionamiento de la Naturaleza y del desarrollo progresivo de la Historia por el camino que lleva a un futuro radiante; precisamente, el terror aniquila a los individuos no adaptados y aplica los métodos de “eutanasia colectiva” a las “clases moribundas”, acelerando de modo gigantesco el proceso histórico, el cual, sin este “catalizador”, se realizaría a la velocidad de una tortuga.

Ya que la meta de los movimientos totalitarios era la de impulsar el desarrollo de la Naturaleza y de la Historia, los papeles de ejecutores o de víctimas estaban destinados de antemano a la población de esos regímenes. Pero la ironía del destino puede cambiar los acontecimientos, de tal manera que quien hoy extermina a “las razas inferiores”, a las “clases agonizantes” o a los “pueblos podridos” puede convertirse mañana en víctima. El poder totalitario necesitaba que sus súbditos estuvieran listos permanentemente para tomar el papel de ejecutores de su voluntad o de víctimas. Esta doble actitud, según Hannah Arendt, fue necesaria para realizar la ideología totalitaria.

IDEOLOGÍA DEL TOTALITARISMO

Las potencias ocultas de las ideologías se revelan verdaderamente, considera Arendt, sólo en los límites de los regímenes totalitarios. La ideología, en sentido literal, es la lógica del desenvolvimiento de una idea, su objeto es la Historia a la cual se aplica la “idea”, y el resultado no es la afirmación de lo que existe, sino el desenvolvimiento del proceso que se encuentra en constante cambio.



La ideología trata el curso de los acontecimientos como si siguieran la misma “ley” que la exposición lógica de su “idea”. Las ideologías pretenden conocer los misterios de todo el proceso histórico –los secretos del pasado, las complejidades del presente, las incertidumbres del futuro– merced a la lógica inherente a sus respectivas ideas (Arendt, 2007: 569).

Se supone que el movimiento histórico y el proceso lógico de estos conceptos se corresponden y, por consiguiente, todo sucede, a pesar de algunas desviaciones aparentes y zigzags, según la lógica de una “idea”, ya que el único

movimiento posible en la esfera lógica es el proceso de la deducción, la cual desenvuelve todas las afirmaciones de las premisas postuladas.

Como regla, el pensamiento ideológico se inclina por ignorar la experiencia, ya que parte de la certeza de que detrás de la realidad a la que se abren los sentidos se oculta “otra realidad más profunda”, para cuyo reconocimiento es necesario el “sexto sentido” que es la ideología, el cual surge de la indoctrinación, cuya esencia consiste en separar el pensamiento de la experiencia en un intento de incorporar a la descripción y explicación de los acontecimientos, por evidentes y simples que puedan ser, el sentimiento de la sospecha sobre la existencia de los motivos secretos que se ocultan en ellos. Los regímenes totalitarios convirtieron esta propiedad del pensamiento ideologizado en un pretexto para inventar y luego reprimir lo que creyeron que eran las intenciones ocultas y los “complots” de sus enemigos.

Toda vez que, por sí misma, la ideología no es capaz de transformar la realidad, los ideólogos trataron de separar el pensamiento de la experiencia por medio de algunos métodos de demostración. El pensamiento ideológico agrupa y ordena los hechos, los somete a un proceso lógico y, partiendo de una premisa tomada como axioma, conduce a una conclusión que de antemano había predicho. Este tipo de pensamiento se inclina por otorgarle a los acontecimientos una consecuencia y una contundencia

mayores que las observadas en la realidad. El supremo don del “frío razonamiento” de Hitler o la “dialéctica im placable” del intelecto de Stalin se inscriben en este esquema. Según tal lógica, a todos los adversarios del gran jefe soviético se les enlista, sin ninguna prueba, en las filas de los partidarios ideológicos de “las clases moribundas”, y todos los pueblos despreciados por el “gran Führer” son de “razas inferiores”. La conclusión a la que cada quien llegó por su lado fue que es necesario “ayudar” a la Historia y la Naturaleza para liberarse de esos lastres, y “extirpar” el tumor maligno del cuerpo natural o del organismo social sanos.

Para Arendt, la diferencia entre las ideologías totalitarias y sus predecesoras radica no sólo en las ideas de la lucha de clases y la explotación de los trabajadores, ni en realizar la selección racial y asegurar el bienestar de los pueblos germánicos, sino en el mismo proceso lógico, llevado hasta sus últimas consecuencias por los regímenes totalitarios. Según Stalin, no era la idea, ni la oratoria, sino “la irresistible fuerza de la lógica” la que se imponía a sus oyentes o lectores. La fuerza que nace, según Marx, cuando la idea se apodera de las masas, radica no sólo en la idea misma, sino en aquel proceso lógico que, cual poderoso tentáculo, aprieta la mente del hombre con las tenazas de sus convicciones y no lo deja liberarse. El hombre empieza a seguir la lógica de estas ideas y mentalmente se reconoce en la derrota de sus persuasiones anteriores, las cuales refuta como si fueran prejuicios. El argumento más contundente del que Stalin se sentía orgulloso es el siguiente: “Usted no puede decir A, sin decir B, C y etcétera”, hasta llegar al final del alfabeto homicida. Aquí parece hallarse la fuente de la fuerza coercitiva

de la lógica; de aquí mismo surge el temor a contradecirse, hasta tal punto que la purga bolchevique logró que sus víctimas confesaran crímenes que jamás habían cometido. Estas confesiones se basaron en ese temor básico que surge de argüir de la siguiente manera: “Todos estamos de acuerdo en la premisa de que la historia es una lucha de clases y en el papel del partido en su dirección. Usted sabe por eso que, históricamente hablando, el partido siempre tiene razón” (Arendt, 2007:



573). El fanatismo de los integrantes de los movimientos totalitarios, sobre todo en sus etapas iniciales, los cierra a los argumentos de la razón o a los testimonios de la experiencia. Por ejemplo, en el proceso judicial contra Nikolai Bujarin, sus acusadores, miembros del Comité Central, lo incriminaron, entre otros delitos, porque no fue debidamente implacable, no tenía un “corazón firme” y no podía superar el “prejuicio” de compasión hacia sus compañeros puestos en la cárcel.⁴

Otro rasgo inherente a los movimientos totalitarios es el culto al jefe, cuya figura es inflada por sus adeptos fanáticos hasta dimensiones divinas, y la sorprendente ligereza con que dicha reverencia puede luego pasar al olvido. A pesar de un trabajo titánico por legitimar la autoridad de Stalin (que se basaba en la creación de una aureola alrededor de la doctrina y la personalidad de Lenin, y luego en la extrapolación de sus atributos sagrados a las ideas y persona de Stalin), del auge inusitado de la propaganda “del genio de todos los pueblos y tiempos” y de la táctica maquiavélica de la lucha oculta dentro del partido, los sucesores de Stalin lograron de manera relativamente fácil destronar el culto a su persona sin recurrir a la desacralización de su semblanza y doctrina. Lo mismo sucedió con Hitler, cuya figura engendró un entusiasmo gigantesco entre sus innumerales adeptos, pero su imagen fue casi por completo

4 Sobre este tema fue editado en Inglaterra un libro bien documentado: J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, London, Yale University Press, 1999. Al comentar su contenido, Slavoj Žižek destaca que la crueldad de Stalin, dirigida contra la bondad natural de Bujarin, radicaba no tanto en la fidelidad al ideal comunista, que convertía a sus adeptos en robots monstruosos y obligaba a retractarse de cualquier misericordia hacia la gente. “Por el contrario, el problema, en relación con los comunistas estalinianos, consiste en que *no* eran lo bastante ‘puros’ y quedaban atrapados en la economía *perversa* del deber: sé que todo eso es una pesada carga y que puede ser doloroso, pero ¿qué puedo hacer? Es mi deber...” (Žižek, 2002: 131). En relación con el poeta judío David Jerusalem, esta misma “debilidad humanista” la experimenta el subdirector del Lager nazi Otto Dietrich zur Linde, protagonista del relato de Jorge Luis Borges, quien fue obligado a ejecutar al poeta para erradicar de sí el sentimiento de compasión, irreconciliable a sus ojos con la militancia en las SS. “Ignoro si Jerusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonicé con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable” (Borges, 2007: I, 697).

olvidada inmediatamente después de la derrota de la Alemania nazi, sin tomar en consideración la actividad de los grupitos aislados de neonazis.

ATOMIZACIÓN SOCIAL

La meta suprema de los movimientos totalitarios es la organización de las masas, no de los grupos o clases sociales, cuyos intereses se expresan en los partidos políticos tradicionales; normalmente, las masas son indiferentes y no desean ser integradas en ninguna organización basada en el interés común: partidos políticos, sindicatos o alguna agrupación profesional; suelen no mantenerse unidas para alcanzar una meta general y sus criterios son estrechos para conseguir algunos objetivos limitados y obtenibles.

Durante el auge del movimiento nazi y los movimientos comunistas en Europa, después de 1930, fue sorprendente que estas masas, aparentemente indiferentes y políticamente inactivas, despertaron de su apatía y empezaron a participar en los movimientos totalitarios. Así que la mayoría de los afiliados al partido nazi eran personas que nunca habían aparecido anteriormente en la escena política.

Esto permitía la introducción de métodos enteramente nuevos en la propaganda política y la indiferencia a los argumentos de los adversarios políticos; estos movimientos no sólo se situaban ellos mismos al margen y contra el sistema de partidos como tal, sino que hallaban unos seguidores a los que jamás habían llegado los partidos y que nunca habían sido “echados a perder” por el sistema de partidos. Por eso no necesitaban refutar los argumentos opuestos, y, consecuentemente, preferían los métodos que concluían en la muerte más que en la persuasión, que difundían

más el terror que la convicción⁵ (Arendt, 2007: 392-393).

Se ha señalado que los movimientos totalitarios usan y abusan de las libertades democráticas con el fin de abolirlas. Sin embargo, como subraya Hannah Arendt, este desprecio no es simplemente astucia maligna de sus líderes o una estupidez infantil de las masas. Las libertades democráticas adquieren su significado y funcionan nada más donde los ciudadanos pertenecen a grupos y son representados en los órganos legislativos y ejecutivos. La ruptura del sistema de clases, como la estratificación social y política de las Naciones-Estados europeas, fue uno de los acontecimientos más dramáticos en la historia de Alemania, al igual que la débil estratificación social de la inmensa población campesina de Rusia fue una de las premisas de la creación del régimen totalitario por parte de los bolcheviques. Así que la eliminación de las diferencias de clase conllevó la reestructuración tanto de los partidos políticos como de las diversas organizaciones sociales en una masa homogénea de individuos indignados y furiosos

que no tenían nada en común excepto su vaga aprensión de que las esperanzas de los miembros de los partidos se hallaban condenadas, de que, en consecuencia, los miembros más respetados, diferenciados y representativos de la comunidad eran unos imbéciles y de que todos los poderes

5 La idea análoga, vinculada con la conquista del poder ilimitado por Stalin, quien para alcanzar sus objetivos utilizó el bajo nivel educativo de los comunistas comunes y corrientes, se encuentra en el trabajo del historiador ruso Zajar Fainburg, que escribe: "La 'antiintelectualidad' subrayada de Stalin, la extrema simpleza (hasta la vulgaridad) en la exposición de sus tesis, el acento en la toma de decisiones de todos los problemas ideológicos ... por la mayoría de votos, impresionaba a una parte considerable de los comunistas que tomaron a Stalin 'como el suyo, igual que ellos...' Si la mayoría está en contra de alguna opinión, la inconsistencia de esta opinión está clara y demostrada. Y si no está a favor, entonces esa opinión es errónea, herejía, y debe ser rechazada junto con sus portavoces" (Fainburg, 1991: 96-97. Trad. de M. Malishev).

existentes eran no tanto malos como igualmente estúpidos y fraudulentos (Arendt, 2007: 396).

De aquí se desprende que la atomización de los diferentes estratos sociales y su consolidación en una masa marcada por el deseo de sobrevivir y por el odio a los viejos partidos y sus líderes fue la premisa de su reclutamiento en las filas de los movimientos totalitarios encabezados por los dirigentes del populacho. Según Arendt, justamente estas capas desclasadas constituyeron el caldo de cultivo para respaldar el aventurerismo político y el extremismo revolucionario. Las biografías de muchos líderes del bolchevismo, incluido Stalin, demuestran la certeza de esta tesis, y la ratifica todavía más el núcleo inicial del partido nacional-socialista, cuyos integrantes eran en su mayoría representantes del lumpemproletariado: desempleados, fracasados, aventureros e integrantes de los así llamados "bohemos armados", a los cuales la burguesía alemana intentaba utilizar para sus propios fines. Pero en realidad,

la burguesía fue tan engañada por los nazis como lo fue por la facción de Röhm y Schleicher la Reichwehr, la cual también pensó que Hitler como señuelo, o las SA, a las que emplearon como propaganda militarista y entrenamiento paramilitar, actuarían como sus agentes y contribuirían al establecimiento de una dictadura militar. Ambos consideraban al movimiento nazi en sus propios términos, en términos de la filosofía política del populacho, y no tuvieron en cuenta el apoyo independiente y espontáneo que otorgaban las masas a los nuevos dirigentes del populacho ni tampoco los talentos genuinos de los nuevos dirigentes del populacho para la creación de nuevas formas de organización. El populacho como líder de estas masas ya no era agente de la burguesía ni de nadie más excepto de las masas (Arendt, 2007: 399).

Para confirmar la tesis de que los movimientos totalitarios dependen más de las situaciones específicas de las masas populares atomizadas que de los defectos estructurales de la sociedad, Arendt compara el nazismo y el bolchevismo, y subraya que las condiciones de su actividad fueron inicialmente bastante distintas. "Para trocar la dictadura revolucionaria de Lenin en una dominación completamente totalitaria, Stalin tuvo primero que crear artificialmente esa sociedad atomizada que había sido preparada para

los nazis en Alemania gracias a circunstancias históricas” (Arendt, 2007: 400).

Desde el punto de vista de Arendt, para comprender los orígenes del totalitarismo del régimen de Stalin es necesario tomar en consideración que la Revolución de Octubre triunfó en un país donde predominaba la burocracia despótica y centralizada que gobernaba a una inmensa masa de población campesina, y donde las clases urbanas, capitalista y proletaria, eran incipientes.

Cuando Lenin dijo que en ninguna parte del mundo habría sido tan fácil conquistar el poder y tan difícil mantenerlo, tenía en cuenta no sólo la debilidad del proletariado ruso como clase, sino también la inestabilidad de las condiciones político-sociales del país, que favorecerían los cambios impredecibles y repentinos. Lejos de cualquier demagogia y propenso al análisis público de sus propios errores, Lenin se aferró inmediatamente a todas las posibles diferenciaciones políticas, nacionales y profesionales que constituían la estructura social del país y estuvo convencido de que en esta estratificación radicaba la salvación de las conquistas principales del país. Continuó y legalizó la expropiación de los latifundios de los terratenientes y así formó, por primera vez en la historia de Rusia, una clase de campesinos emancipados con tierra, quienes, pensaba, habían sido en otro tiempo el más firme apoyo de las Naciones-Estados de Occidente. Lenin trató de fortalecer los derechos de los trabajadores de la ciudad creando condiciones relativamente favorables para la actividad de los sindicatos independientes y fue bastante tolerante con la nueva clase media surgida como resultado de la aplicación de la NEP. Finalmente, realizó la construcción nacional, “organizando y a veces inventando tantas nacionalidades como fuera posible, desarrollando la conciencia nacional y el sentimiento de las diferencias históricas y culturales incluso de las tribus más primitivas de la Unión Soviética” (Arendt, 2007: 400).

Todas estas medidas del jefe de la Revolución de Octubre, en el corto periodo de su estancia en el poder, testimonian que el líder se preocupaba más por la ausencia de las estructuras políticas, económicas, sociales y nacionales, que por el posible desarrollo de las tendencias centrífugas en las nacionalidades o por el desarrollo de la

burguesía surgida de las clases media y campesina recientemente establecidas. “No hay duda de que Lenin sufrió su mayor derrota cuando, con el estallido de la guerra civil, el poder supremo, que originariamente había proyectado él que se concentrara en los Soviets, pasó definitivamente a las manos de la burocracia del partido” (Arendt, 2007: 400). Pero incluso esta metamorfosis, preñada de la pérdida de democracia, no hubiera conducido fatalmente al surgimiento del totalitarismo. Según Arendt, al momento de la muerte de Lenin, las posibilidades de desarrollo del socialismo no totalitario todavía estaban abiertas en muchos sentidos.

Stalin fue quien realizó el tránsito al poder totalitario, y empezó con el establecimiento del dominio del partido en las actividades de los Soviets de todos los niveles. El segundo paso fue la liquidación de la burguesía del campo y de la ciudad. El exterminio de la primera se dio por medio de la expropiación de los kulaks y la colectivización forzada, lo cual resultó el asunto más difícil para el grupo dirigente del régimen estalinista y tuvo consecuencias catastróficas para el desarrollo de los productos agrícolas. Como escribe Arendt,

aquellos que no figuraban entre los muchos millones de muertos o entre los millones de trabajadores deportados y esclavizados habían aprendido “quién manda aquí”; habían aprendido que sus vidas y las vidas de sus familiares no dependían



de sus semejantes, ciudadanos, sino exclusivamente de los caprichos de un Gobierno al que se enfrentaban completamente solos, sin ayuda alguna del grupo al que resultaban pertenecer (Arendt, 2007: 402).

La siguiente víctima en el camino de las purgas y de la liquidación de las diferencias de clases fue el proletariado industrial. Siendo uno de los estratos de la población más débil, ofreció una resistencia menor que otros sectores de la sociedad. Desde los tiempos de la guerra civil, todas las grandes fábricas y empresas fueron confiscadas y declaradas propiedad del Estado, con el pretexto de que éste, como el órgano de la dictadura del proletariado, pertenecía al propio proletariado como la clase más avanzada de los trabajadores. El sistema del trabajo de choque iniciado por Alexei Stajanov y adoptado por el partido y el gobierno, rompió toda solidaridad y conciencia de clase entre los trabajadores y la transformó en una feroz competencia en la que surgió temporalmente una aristocracia obrera.⁶ La legislación laboral de 1938 convirtió a toda la clase obrera de Rusia en empleados del Estado, y éste les impuso el régimen de trabajos forzados.

Al destacar el cinismo y el maquiavelismo de Stalin y Hitler que no apreciaron la vida humana ni escatimaron medios para alcanzar sus metas

6 Erich Soloviev, al hablar sobre la masificación de la sociedad soviética, creada por el régimen estalinista, vincula la coacción laboral con el entusiasmo de los trabajadores. "Precisamente entre los 'nuevos reclutados de la industrialización' nace la idea del trabajo gratuito para el bien del Estado, el cual generalmente no es remunerado, sino sólo se alaba por el poder. La recompensa, por su esencia, no tiene equivalente y podrá ser entregada no al mismo trabajador sino a sus hijos o nietos. Por eso fue feliz aquel quien podía inspirarse en las ideas del socialismo y comunismo cercanos, por la importancia histórica de su trabajo de construcción, por el significado del trabajo de choque y del trabajo extra para cumplir el plan. El entusiasmo fue sólo el modo más efectivo y adecuado para una actitud más profunda que radicaba en la movilización total hacia el trabajo. Y si el entusiasmo extenuaba, inmediatamente surgía la necesidad del latigazo y de la coacción" (Soloviev, 1990: 191-192. Trad. de M. Malishev).

dementes, Arendt subraya al mismo tiempo la actitud paternalista de los jefes del totalitarismo hacia las masas populares, el deseo de hacer "feliz" a su pueblo. Esta misma idea aplicada al paternalismo de Stalin (quien buscaba el apoyo a su régimen en el populacho desclasado, en el campesinado pobre y en los "pioneros de la industrialización") está desarrollada en el artículo citado del filósofo ruso Erich Soloviev. Al analizar un "folleto semi-fantástico" de Stalin titulado *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, intenta comprender cómo el líder soviético representaba el cuadro de la felicidad futura de su pueblo:

Stalin quería introducir a los pueblos de Rusia en un reino de estabilidad suprema, en el que no habrá ningún "juego caótico" del dinero ni de las mercancías, sino el predominio de un "intercambio directo de productos"; desaparecerán el Estado y el derecho inciertos, y el mismo pueblo, dirigido por el partido, asumirá las funciones de policía y de justicia; triunfará el principio: "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades", pero según sus necesidades "razonables", es decir, las que pueden imponerse desde arriba. Este ideal está destinado a quienes temen la seducción proveniente del dinero, de las mercancías y en general, de la riqueza de los objetos y también para quienes tienen miedo de las tentaciones anárquicas que radican en la existencia libre. Digamos más: este ideal está destinado al pueblo que no puede ser responsable de sí mismo y por eso exige que le impongan todo: reglas morales, gustos, hábitos útiles, normas de trabajo y cuotas del consumo. Esto es el pueblo por el cual Stalin secretamente sentía inspiración... Sólo este pueblo, inseguro en sí, modesto y muy paciente era considerado por Stalin digno de la misericordia, amor y preocupación. Pero para el pueblo "petulante" que no siente miedo ante las actividades económicas independientes, las mercancías, el dinero y la autogestión democrática, para este tipo de pueblo fueron destinadas su ira y su venganza (Soloviev, 1990: 200-201. Trad. de M. Malishev).

Como destaca Arendt, en la sociedad soviética la atomización de las masas fue alcanzada por medio de las purgas, los despidos del trabajo y las amenazas. Estas acciones precedieron casi siempre a la liquidación de amplios sectores

sociales. Para destruir las relaciones entre los ciudadanos soviéticos, las represalias se llevaban a cabo de tal manera que amenazaban no sólo la seguridad y el bienestar del mismo acusado, sino también el bienestar y libertad de sus conocidos, amigos y parientes. El sistema pérfido de “la culpabilidad por asociación”, inventado por Stalin y sus órganos de terror, inmediatamente convertía a muchos viejos amigos del acusado en sus enemigos empedernidos; para salvar sus propias pieles, los últimos empezaron a fabricar voluntariamente acusaciones para confirmar las pruebas inexistentes dirigidas contra su amigo de antaño. Estas acusaciones, escribe Arendt, resultan

el único camino de probar que son merecedores de confianza. Retrospectivamente, tratarán de demostrar que su conocimiento o amistad con el acusado era solo un pretexto para espiarle y para revelarle como saboteador, como trotskysta, como espía extranjero o como fascista. Como el mérito se “estima en función de las denuncias de los más íntimos camaradas”, es obvio que la precaución más elemental exige que uno evite todos los contactos íntimos si es posible –no para impedir el descubrimiento de los pensamientos secretos, sino más bien para eliminar, en el caso casi seguro de males futuros, a todas las personas que puedan tener no solo un interés en denunciarle a uno, sino una irresistible necesidad de producir la ruina de uno simplemente porque se hallan en peligro sus propias vidas (Arendt, 2007: 404-405).

En virtud de las purgas y denuncias sistemáticas y la amenaza del terror permanente, Stalin y sus adeptos lograron crear una sociedad totalitaria atomizada como nunca se había conocido antes y que difícilmente se hubiera producido por sí misma en el curso normal del desarrollo de los acontecimientos.⁷LC

7 Esta atomización y aislamiento insoportable de las masas populares durante el periodo estalinista, a la cual la propaganda oficial trataba de compensar con el entusiasmo de las marchas briosas, se reflejó en la poesía de aquel tiempo. Al comentar los versos de su marido Osip Mandelshtam en el contexto de aquella época, Nadezda Mandelshtam destaca: “Gotas, astillas, soldados o unidades, nosotros de hecho habíamos sido ‘pulverizados y disgregados’ y penosamente habíamos vivenciado nuestra separación y aislamiento de los demás. Hemos formado solamente uniones mecánicas: los habitantes de un departamento comunal, el último en las filas, miembro del sindicato que existió para el control adicional y educación, un cargo titular...” (Mandelshtam, 1990: 142. Trad. de M. Malishev)

Los Gobiernos totalitarios, como todas las tiranías, no podrían ciertamente existir sin destruir el terreno público de la vida, es decir, sin destruir, aislando a los hombres, sus capacidades políticas. Pero la dominación totalitaria como forma de gobierno resulta nueva en cuanto que no se contenta con este aislamiento y destruye también la vida privada. Se basa ella misma en la soledad, en la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo, que figura entre las experiencias más radicales y desesperadas del hombre” (Arendt, 2007: 576).

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2007), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- Arendt, Hannah (2009), *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Debolsillo.
- Bernstein, Richard J. (2008), “La responsabilidad, el juicio y el mal”, en Birulés, Fina *et al.*, *Hannah Arendt, el legado de una mirada*, Madrid, Sequitur, pp. 45-64.
- Borges, Jorge Luis (2007), “Deutsches Requiem”, en *Obras completas*, T. I, Buenos Aires, Emecé, pp. 693-699.
- Etkind, Alexandr (2000), “De los ismos a la democracia: Fain Rand y Hannah Arendt”, *Znamia*, No. 12 [en ruso].
- Fainburg, Zajar (1991), *No cree el ídolo*, Moscú, Politizdat [en ruso].
- Forti, Simona (2008), *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, Herder.
- Liotard, Jean-François (1997), *Lecturas de infancia*, Buenos Aires, Eudeba.
- Mandelshtam, Nadezda (1990), *El segundo libro. Memorias*, Moscú, El Obrero Moscovita [en ruso].
- Soloviev, Erich (1990), “El humanismo jurídico y el sentido humanista del derecho”, en *Quintaesencia: almanaque filosófico*, Moscú, Politizdat [en ruso].
- Žižek, Slavoj (2002), *¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*, Valencia, Pre-textos.